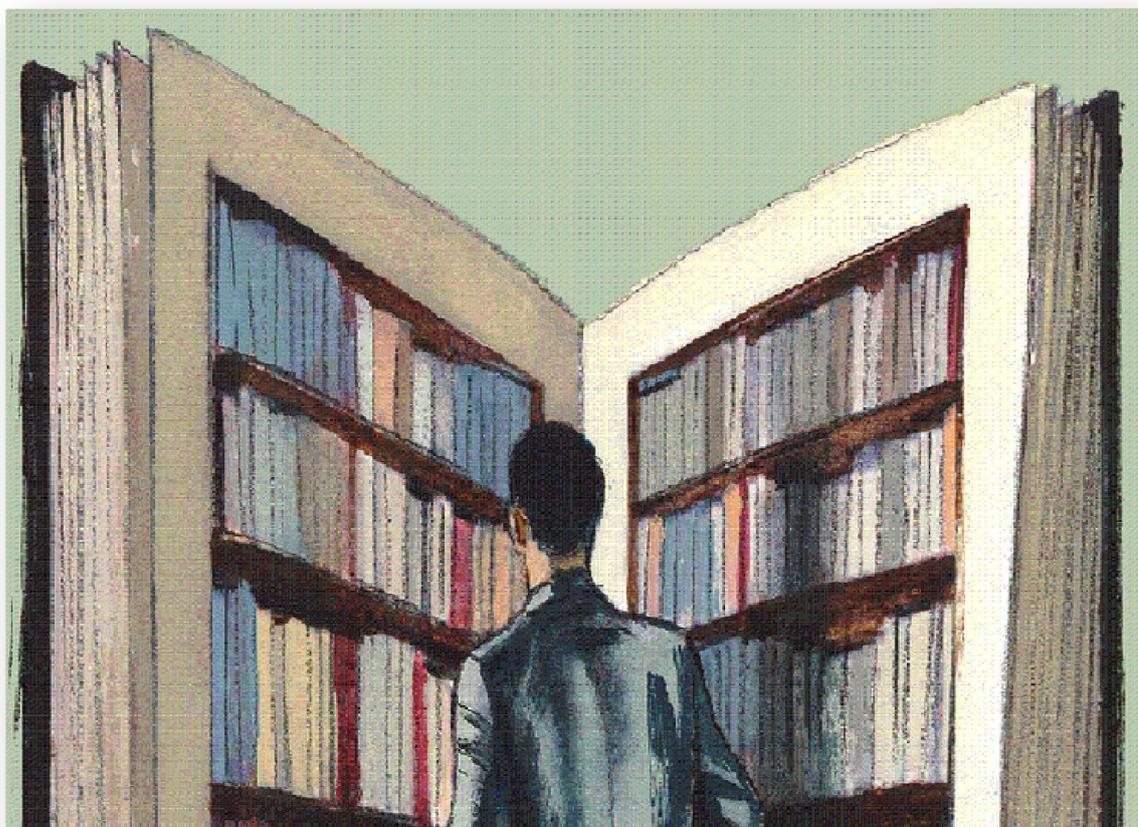


## **RELATOS CORTOS**

### **«LOS TRENES Y EL TIEMPO».**

Por Lourdes Otero León



## «LOS TRENES Y EL TIEMPO»

Lourdes Otero León



Sixto Aguado, hijo de ferroviario y aprendiz en *los Talleres Generales de Reparación*, había estado en la Estación del Campo Grande tres veces; sólo hubo de coger el tren una, para no llegar nunca a su destino.

La primera vez tenía trece años, era el 15 de abril de 1931, 48 horas después de la proclamación de la segunda república, formaba parte allí de una multitud que aclamaba entusiasta a los nuevos ministros a su paso por Valladolid. La segunda, Sixto había cumplido ya 27: “*Los primeros miembros de la División Azul a su regreso*”, rezaba el pie de la foto que le tomaron a él y sus compañeros a su llegada a la estación. La última y definitiva, fue pocos días después, el 3 de Enero.

Sixto Aguado se dirigió a las taquillas abarrotadas de paletos, y señoras pálidas con el cardado de la época, un peinado que se llamaba “el arriba España”. Todos iban a sus pueblos de origen y llevaban de la mano chiquillos ruidosos, cestas vacías y maletas de madera, que probablemente estarían más pesadas a la vuelta. Allí, compró un billete, para supuestamente ir a la aldea berciana de

la que provenía su familia. Eran las Navidades del 44. A las 7 h. 45 m. tomó el 421 Correo-Expreso de Madrid-P. Pío a La Coruña y Vigo. El que sería tristemente famoso más tarde como *El tren de la muerte*.

Los hilos que le puede dar unidad a una biografía son muchos, pero a la de Sixto sin ninguna duda se la dan los trenes, las máquinas de metal de las que cuidaba su padre; que bramaban al cruzar la ciudad seguidas por los perros, que pitaban desbocadas cuando los chiquillos corrían detrás de ellas tirándoles piedras.

Su padre había llegado a Valladolid en 1911 cuando los talleres de *la Credit Mobilier*, la sociedad de *los Pereire* que construyó el trayecto de vía Madrid-Irún, amplió los talleres para la reparación de locomotoras y vagones en Valladolid. En los *Talleres Generales de Reparación* su padre podría haberse ganado la vida como soldador; hábil tornero, fue uno de los primeros en practicar *la soldadura autógena oxicitilénica*. Este galimatías técnico se lo había repetido con erudita exactitud su progenitor infinitas veces, pero entonces el señor Aguado ya no era la montaña erguida que Sixto recordaba de su primera infancia. En la época en la que comienza mi relato, el mecánico, debilitado por las secuelas del tifus, tuvo que abandonar los talleres y pasaba largas temporadas en el paro. A Sixto entonces el orgullo de su padre le parecía objeto de chanza, y para sus adentros, cuando su padre, aquel ogro de ancha cabeza, sufría alguno de sus súbitos y frecuentes arrebatos de cólera, “por lo bajines” le llamaba soldador “asco-geta y oxidado”, y se prometía a sí mismo no llegar a parecersele nunca.

La familia vivía en una casa de vecindad en S. Pedro, un barrio que,

como casi todos los de Valladolid antes de la desviación del cauce de “las Esguevas” no se podía describir como simplemente sucio, sino como repugnante. Posiblemente esa fuera la causa de la posterior obsesión de Sixto por la pulcritud y la pureza.

Por todas partes había charcos con aguas corrompidas y cenagosas. De las alcantarillas salía un olor insoportable a la suciedad de los pozos negros, pues la red de canalización de aguas no llegaba a los suburbios. A este hedor infrahumano se sumaba la pestilencia de las vaquerías, que se multiplicaban al margen de las ordenanzas municipales, y de los animales muertos abandonados en la calle. No era de extrañar que poco antes de que él naciera las epidemias de cólera y de tifus hubieran asolado repetidas veces la ciudad. Su padre enfermó en 1912 y su salud, nunca definitivamente recuperada, les llevó a vivir “del Plus”, una ayuda municipal con la que el ayuntamiento intentaba mitigar los efectos del paro estacional, que llevaba a los abundantes obreros de la construcción a vivir de la mendicidad en el invierno.

Aquel suburbio no era peor que las barriadas históricas (S. Nicolás, S. Andrés, S. Juan...), los corralones de vecinos no tenían tampoco allí agua corriente, electricidad o excusado; y las aguas estancadas e insalubres formaban también en el centro de la ciudad charcos infectos, que sólo se secaban cuando los calores de julio y agosto arreciaban. Pero Sixto, a diferencia de otros chiquillos de las casas de vecindad, no se pasaba el día sucio y desarrapado vagabundeando por el patio y las calles. Desde los 6 años comenzó a ir a la escuela a diario, y no a las Escuelas-Asilo, promocionadas por “las señoras bien”

de la ciudad, sino al colegio de los Jesuitas en la Plaza del Museo. Había en el S. José algunas plazas gratuitas, reservadas para niños “apadrinados” por las familias de los frailes. Su madre, que trabajaba allí en el servicio de la cocina, consiguió que lo admitieran.

Cada mañana su madre le restregaba en el pilón comunitario, pero a Sixto siempre le pareció que aquel agua estaba sucia; decía que “tenía arañas y bichos” y se defendía como podía, hasta que su madre con tirones de pelo y pellizcos le convencía. Después le obligaba a comer algo de pan mojado en leche, pero Sixto se quejaba de que el pan “se le hacía bola” y enseguida se cansaba de masticar. Por fin, cuando todas sus quejas y melindres terminaban, madre e hijo caminaban durante casi una hora, y llegaban exhaustos a las puertas del colegio, casi en frente de las Carmelitas.

-I-

Cuando Sixto llevaba ya 7 años en esa rutina de pilón, angustia en el comedor escolar y frailes, después de las elecciones del día 12 de abril todo iba a cambiar. Su padre, la tarde del 14, con indisimulado alborozo, lo llevó del brazo por las calles, hasta llegar a la Plaza Mayor: “Viva la República” gritaba incesantemente la multitud. En el balcón del ayuntamiento ondeaba la bandera tricolor. Pero, pese al miedo de la burguesía, que se ocultaba tras los visillos al paso de la manifestación, el júbilo compartido parecía dulcificar los resentimientos y hacía olvidar el revanchismo. Las multitudes, que entonces asustaban a Sixto, por una vez, parecían enardecidas por sentimientos de fraternidad e ilusionada esperanza. Y Sixto también, por una vez, se sintió unido a los

ideales republicanos y socialistas de su padre.

Los líderes locales, entre ellos Federico Landrove Moíño, el futuro alcalde, potenciaban con su retórica todos estos fraternales sentimientos, y desde el balcón insistían en el orden y la tranquilidad. Para terminar sus pacifistas arengas, los convocaron para acudir la tarde siguiente a la estación de Campo Grande: esa tarde que iban a pasar por la estación de Valladolid dos trenes que iban a cambiar la vida de Sixto Aguado..

A las tres y media se puso en marcha la manifestación: Al son del *Himno de Riego*, todo Valladolid avanzaba cogido del brazo hacia las dependencias ferroviarias: A la cabeza iban los comités de la Federación de las Sociedades Obreras, de la Agrupación Socialista, La Alianza Republicana, el Partido Republicano, la Federación Universitaria y el Casino Republicano; así como las delegaciones llegadas de varios pueblos, y los representantes de Correos y Telégrafos. También Sixto, de corta estatura y enclenque, y su padre, el gigante que comenzaba a menguar, esa tarde emocionados entonaron *la Marsellesa* cogidos del brazo.

Pero pasó lo imprevisto, el expreso Madrid-Irún, en el que viajaba la familia real dirigiéndose a su exilio en Francia, circulaba con hora y media de retraso, y entró en la estación a las cuatro y media, justo cuando todos estaban preparados para recibir a los nuevos ministros republicanos. Cuando se vio obligado a entrar en agujas, el tren que conducía a la Reina y los Infantes en su huída hacia la frontera, el gentío estaba ya por todas partes: subido a las farolas, a los tejadillos del kiosco, del otro lado de las vías, y en los andenes a rebotar. Sixto no pudo ver a la familia real, las cortinillas del vagón real

estaban echadas, pero se dejó llevar por un laberinto de emociones desconocidas. Sintió el descontento de la multitud, el desconcierto que los paralizaba, pero también una forma colectiva de reverencia o de respeto, que hasta ese momento no se le había presentado. Un sepulcral silencio tomó los andenes durante los 10 minutos que permaneció el convoy en la estación.

Después, cuando el tren esperado entró en la estación, llegó una explosión de júbilo, de la que Sixto no fue ya participe. Se sucedían los vítores a la República, tras los discursos del futuro alcalde y de los ministros, Prieto, Martínez Barrio y Domingo. La estación era una fiesta. Pero Sixto, reconcentrado, intentaba evocar las sensaciones de apenas hacía unos minutos. En ese momento triunfalista no se sentía cómodo entre la multitud enardecida. No es que su sensitiva personalidad le hiciera barruntar ya las sangrientas convulsiones que les iban a llevar a todos pronto al desastre, simplemente se sabía ajeno a aquel jolgorio. Él no iba a ser republicano como su padre. Él era ya un monárquico convencido. El silencio reverencial de aquellos minutos quedó asociado para siempre en la cabeza de Sixto con todo lo elevado, lo digno y lo puro.

Meses después, Sixto a sus 13 años no pudo continuar con las clases en el colegio de los jesuitas: la nueva constitución del 31 los consideraba incompatibles con la trayectoria política del país y fueron expulsados. Su madre intentó reengancharle a las lecciones en una de las nuevas escuelas públicas que el alcalde Landrove abría por doquier. El nuevo alcalde duplicó el presupuesto municipal para el llamado “desayuno escolar”, pero Sixto prefería no desayunar. Fuera de sus rutinas no

se adaptaba a su nueva escuela y pasaba muchas mañanas en la calle, corriendo con los perros detrás de los trenes; creía que si se lo proponía y corría con todas sus fuerzas, podía llegar a adelantarlos con sus cortas piernas. Aunque los trenes siempre al final lo dejaban atrás.

Sixto, en esas correrías, vivía en una continua caza de sensaciones, que no de ideas: las archivaba, diseccionaba, clasificaba y evocaba, para abandonarse después a su recuerdo. Sobre todo le gustaba revivir la triste solemnidad de la huída regia, aunque también el olor del pelo rubio ceniza de Amelia, la hija de su nuevo maestro, D. Aniano. Amelia era apenas dos años mayor que él, pero estudiaba ya para maestra de niñas, en el colegio de *las Francesas*, y algunas tardes ayudaba a su padre en la enseñanza de las labores de costura, bordado e higiene, en los bancos de las niñas. Sixto entonces intentaba hacerse el encontradizo con ella, pero en aquella época nunca se atrevió a dirigirle la palabra.

D. Aniano era un hombre enteco y de elevada estatura, al que sus alumnos apodaban “el cura”, porque su calva hacía pensar en la tonsura de un clérigo o en la corona de un santo. Era un maestro al que, en aquellos días de fervor republicano, le gustaba conducir el rebaño de sus escolares a las procesiones cívicas hacia el cementerio. Con ellas, el Ayuntamiento intentaba homenajear a los viejos republicanos de Valladolid, que estaban ya en sus panteones. En esos paseos Sixto se reconcilió con D. Aniano, que parecía estar convencido del talento del muchacho e intentaba dar conversación al colegial durante el trayecto. Pero, tímido y cauteloso, Sixto habitualmente se mostraba evasivo. La mayoría de las veces avanzaba muy

despacio entre las filas de escolares para ponerse a la altura del maestro, y después sólo le contestaba con monosílabos. Cuando por fin llegaban a la explanada del Carmen, y Sixto divisaba los ángeles de mármol y las estatuas funerarias, le embargaba una pena muy dulce: se le imponía la certidumbre inexorable de que todos, él, sus padres, el maestro -en sus compañeros nunca pensaba-, incluso Amelia, iban a morir, y esa idea le producía una extraña y grave sensación de paz.

Como Sixto se sentía cada vez más atraído por todo lo oscuro y elevado, por aquellas ideas románticas, o eso creía él, cada vez despreciaba más el feísmo aburrido en el que transcurrían las vidas de los suyos: la de su padre, que militaba en la Agrupación Socialista Vallisoletana, y que se pasaba las horas muertas en la casa del Pueblo; mientras que su madre se veía obligada a “limpiar mierda ajena” -decía el señor Aguado-, como sirvienta, en una casa de la calle Teresa Gil. También la vida de D. Aniano le parecía oscura y baldía. Corría ya el año 34, había cumplido los 16 años y pronto iba a dejar la escuela. Su maestro, que finalmente había conseguido intimar con él, intentaba inculcarle por entonces los ideales progresistas que procesaba: “El mecanicismo”, el culto a la técnica que traería de la mano la libertad para la clase obrera. Según D. Aniano, frente al oscurantismo y la superstición, que tan bien habían sabido manejar los burgueses y los curas, el remedio estaba en la ilustración pública. Pero, no sólo en la escuela, sino en las fábricas: cuando los medios técnicos estuvieran controlados por los trabajadores, éstos, los nuevos héroes del progreso, podrían reconducir la decadente sociedad

burguesa hacia un nuevo orden social sin clases, donde todos fueran, por fin, libres e iguales.

Pero a Sixto la retórica de su maestro sobre “el realismo heroico de los trabajadores” le recordaba demasiado el orgullo del *soldador autógeno oxicitilénico*, y se sentía incapaz de identificarse con aquel proyecto de sociedad fabril y mecanizada, en la que todos iban a ser supuestamente felices e iguales manejando el soplete. Más que la mística de los trabajadores, le interesaba la lectura de los artículos de Sánchez Mazas en el ABC, que D. Aniano tanto censuraba. Se identificaba con las críticas encarnizadas del escritor al socialismo y a la supuesta igualdad que preconizaba: “en la naturaleza todo eran jerarquías”, le decía Sixto a D. Aniano. A lo que éste le respondía que “¿por qué él no era igual a sus iguales?”, y que “¿qué le hacía creerse tan singular?”. Aquellas charlas en casa de D. Aniano le parecían especialmente agradables si estaba Amelia, que, segura de sí misma, y a punto de empezar a trabajar como maestra de párvulos, estaba en completo desacuerdo con el muchacho.

Gracias a los antiguos conocidos de su padre, comenzó a trabajar en los *Talleres Generales de Reparación*, y todas aquellas ideas confusas se le confirmaron con una evidencia incuestionable: Despreciaba por igual al patrono y a sus supuestos camaradas: “efectivamente, en la naturaleza hay jerarquías, -le decía al maestro-, pero no se corresponden con las que respeta el orden social”. -“En eso tienes razón -le concedía Aniano-“.

Ese fue un año de huelgas y enfrentamientos callejeros en Valladolid. Los desacuerdos entre la

federación Local de Sindicatos Católicos y la Casa del Pueblo eran cada vez más frecuentes y, en no pocas ocasiones, terminaban en violentas agresiones. Él le decía a su padre que “no volvía ni por una parte ni por la otra”, pero que estaba harto de tantos desórdenes, que “con tanta incertidumbre no se podía salir adelante”.

La huelga general, que convocó el PSOE como réplica al nombramiento de tres ministros de la CEDA en el gobierno de Lerroux, fue total entre los ferroviarios y él también la secundó, pero al día siguiente se declaró el estado de excepción, y todos volvieron en masa al trabajo. Aunque hubo represalias. Sixto y muchos de sus camaradas fueron despedidos, pero los miembros de la UGT quedaron readmitidos a los pocos días, mientras que Sixto se quedó en la calle. El resentimiento hacia el sindicato después de aquello no le iba a abandonar nunca.

Todas aquellas ideas iban a definirse políticamente un 4 de marzo, cuando Sixto, con D. Aniano y su hija, acudieron al mitin de fusión entre la Juntas Castellanas de Actuación Hispánica de Onésimo Redondo con las JONS de Ledesma y la Falange de Primo de Rivera. Iba a ser un acto sonado en Valladolid, y se celebraba en el Teatro Calderón. Amelia y Sixto se avinieron a entrar, después del paseo dominguero por la Calle Santiago, porque D. Aniano insistió: tenía especial curiosidad por escuchar a Onésimo, un muchacho de Quintanilla de Abajo. El maestro les contó que Onésimo había ido a Manheim como lector de español, y que allí había tomado contacto directo con el partido Nazi, apoyando después al general Sanjurjo en el levantamiento del 32 contra la República.

Por lo que pudieron escuchar ya dentro, el falangista ahora promovía una ideología completamente opuesta a la visión mecanicista, progresista y universalista del pensamiento de Aniano: defendía un orden antiliberal, impregnado de sentimiento castellanista y de culto al agrarismo. Aquellas ideas no le dejaban frío a Sixto, que prestó una embelesada atención a las enardecidas críticas del ahora falangista a los ideales democráticos y liberales: su defensa de las jerarquías, y de un tradicionalismo que no estaba reñido con la monarquía.

Después de aquel mitin, Sixto se empezó a plantear si el paraíso en lugar de estar en el futuro -como pretendía su padre, que quería el progreso a toda costa-, no estaría en el pasado. Se preguntaba si no sería mejor, en vez de mirar siempre hacia adelante, mirar también hacia atrás, y recuperar de la tradición toda la inocencia y la pureza que el maquinismo se había llevado.

Sixto no se apuntó a los “jonsistas” vallisoletanos, pero las charlas con D. Aniano iban perdiendo poco a poco su tono placentero y cordial. Aquellas ideas supusieron también la ruptura definitiva con su padre, que, como D. Aniano, no daba crédito a la insondable “burrería” de aquel muchacho, que había parecido prometer tanto, y que, sin embargo les había traicionado. Sixto se sintió muy solo cuando se decidió a dejar el barrio de S. Pedro y alquiló un sotabanco en un edificio de la calle Núñez de Arce, fue entonces cuando comenzó su militancia: iba todos los días del taller al triste cuarto (pues pudo recuperar su antiguo puesto por mediación de su padre) y no había más ruptura en sus rutinas que los paseos, ahora secretos, con Amelia, y los mítines de la Falange

en Valladolid y en los pueblos próximos.

Los meses previos al estallido de la guerra se caracterizaron por los desordenes públicos que promovían esta vez los suyos, los falangistas y los jonsistas, intentando erosionar la autoridad de los republicanos. Hubo multas, registros y detenciones de los cuadros del partido, pero a Sixto nadie le molestó en su sotabanco. El día 17 de julio llegó el general Saliquet a Mucientes y la tarde del 18 comenzó la acción: Saliquet tomó la VII división, detuvo a Molero, máximo representante legítimo, y, antes de trasladar a Madrid las fuerzas de seguridad y de asalto vallisoletanas, ocupó los edificios de Correos, Telégrafos, Teléfonos, la emisora de Radio Vallisoletana, y la sede de la CNT. El día 19 la ciudad estaba bajo el control de los sublevados, que habían tomado también el Ayuntamiento, la Diputación y la Casa del Pueblo: allí el padre de Sixto Aguado, y otros 447 socialistas fueron detenidos.

-II-

Sixto no volvió nunca más a ver a su padre con vida. Supo que le formaron un Consejo de Guerra por delito de rebelión militar, y que a él y a alguno de sus compañeros los alojaron unos días en la cárcel vieja de Chancillería. A otros, como no había sitio suficiente, los llevaron a las cocheras de los antiguos tranvías, o a Medina del Campo, La Santa Espina, y Medina de Rioseco. Después de un juicio rápido, según le contó un camarada superviviente, al señor Aguado “le pasearon” hasta la explanada del Carmen. “Había sido valiente -le dijo-, no lloró, ni suplicó por su vida”. Sixto fue afortunado, pudo recuperar el

cadáver en el Depósito Judicial y organizar un funeral al que acudió con su madre.

Pocos días después, firmó en un “banderín de enganche” y con “La Bandera Girón” y 137 compañeros salió de Valladolid hacia el Alto del León. No iba a regresar sino siete años después: el mes de noviembre de 1943, pero entonces ya era otro. ¿Qué quedaba del romántico caballero-soldado que al comienzo de la guerra había creído ser? Sin duda, a aquel supuesto héroe lo había corroído poco a poco la implacable mecánica de “la muerte organizada” hasta no dejar nada.

Del antiguo “realismo heroico del trabajador” que le había intentado inculcar D. Aniano -y que él siempre había despreciado-, había pasado ahora a profesar el realismo heroico de “la máquina de la muerte”, que desplegaron los alemanes en las puras y níveas estepas rusas. Pocos meses antes de su regreso, en febrero, había participado en la batalla de Krasni Bor, donde una enorme preparación artillera de los rusos había arrasado todo el sector español. Se produjeron más de 4000 bajas, la sangre roja hacía aún más blanca la nieve helada, pero él, absorto en su contemplación, y paralizado por el miedo y el frío, milagrosamente salió indemne. Cuando en octubre se anunció el regreso de la División Azul, volvió a tener suerte: el teniente Sixto Aguado fue uno de los primeros en ser repatriado.

-III-

El día de su regreso a Valladolid fue inmortalizado por esa foto que tomó la prensa a su llegada a la estación. Es la única que he podido conseguir de él: un hombre joven, de unos 25 años, aunque con una madurez precoz en

sus ojos huidizos; sin uniforme, con el pelo muy corto, y con un petate a la espalda. Con él aparecen otros dos camaradas, que también eluden el objetivo de la cámara. Es una foto sorprendente no parecen joviales y sonrientes, como cabría esperar (habían sido recibidos con relativos honores en Madrid, y ahora regresaban a casa), sino más bien entre sorprendidos y contrariados.

Después de todo lo que habían pasado, su recibimiento se había quedado “en guirnalda y cuatro banderas en Atocha”. A aquella decepción se había sumado la toma de conciencia de que el régimen estaba en manos de déspotas y oligarcas, que nada sabían de los ideales que les habían llevado a aquella “cruzada heroica”. Si Sixto no olvidó nunca su resentimiento hacia la Casa del Pueblo, tampoco iba a olvidar aquel desengaño. Esa pudo ser su motivación, pero la situación política fue el desencadenante:

He intentado reconstruir qué pudo llevar a Sixto y a sus dos compañeros a planear y poner en marcha el sabotaje del Expreso-Correo Madrid-La Coruña el día 3 de Enero de 1944. No tengo pruebas, pero estoy convencida de que fueron ellos.

El 8 de Septiembre anterior, varios generales conscientes de las derrotas del eje pidieron a Franco la restauración de la monarquía. Además parecía que los tradicionalistas, después del 41, con la abdicación de Alfonso XIII a favor de su hijo D. Juan, se hacían cada vez más presentes. ¿Qué relación llegó a tener Sixto con estos generales monárquicos? Habrá de ser objeto de posteriores investigaciones, pero quiero adelantar aquí mi hipótesis: él y sus dos compañeros de fotografía, Isidoro Peña

y Teodoro Delgado que, antes de la guerra, habían sido factores en Bembibre, probablemente fueran captados en Madrid para un complot fallido, que habría tenido como objeto el desgaste del dictador. Posiblemente, se habría planeado desde la cúpula del régimen, por generales y falangistas insatisfechos. La presencia en Madrid de Sixto, el antiguo mecánico de los *Talleres Generales de Reparación*, debió de ser para ellos una revelación. Por el momento, me atenderé a los hechos. Hay testigos que afirman que Sixto y sus compañeros se alojaron durante quince días en una pensión de la calle Muro, y que apenas salieron. Sixto no intentó localizar a su madre, ni siquiera a Amelia, con la que hacía un par de años que había dejado de cartearse. Fueron ellos mismos los encargados de concretar los detalles del asalto. Eligieron un tren que solía acumular retraso, además era previsible que en aquellas fechas navideñas viniera aún más largo, a lo que habría que sumar el trasiego y el descontrol de la gente sin billete, porque era la feria de Bembibre, un pueblo y una estación que conocían bien sus camaradas. La fecha y el tren parecían propicios, pero lo más importante eran los pormenores técnicos.

Según consta en los archivos de ALAF, el tren correo expreso 421 ese día fatídico llegó a Valladolid con la máquina 241-4020 (montaña-Ex Norte 4620) a las 7,45 horas con 1,10 horas de retraso. El expendedor de billetes, Mariano Tohada, asegura haberle vendido a Sixto Aguado un billete a Astorga, aunque no recuerda a sus dos compañeros. Posiblemente, Sixto se acomodó en un vagón de tercera y esperó, sabía que en León se procedía siempre al cambio de máquina, que se sustituiría la máquina Montaña por la

Americana 141-2030 y la Mastodonte 240-2444, dando la doble tracción.

En León se bajó con la ropa habitual de faena de los mecánicos y se mezcló con los técnicos que esperaban. Posiblemente, si a algún ferroviario le hubiera chocado su presencia, Sixto habría sabido justificar con un argumento plausible qué hacía allí. El plan consistía en anular el sistema de freno de la Americana y contar con que el nerviosismo llevara, como había ocurrido otras veces, a permitir la reanudación de la marcha sólo con los frenos de la Mastodonte, colocada en segunda posición. Todo salió cómo habían pensado. Había que esperar. El correo 421 llegaría sin novedad a Astorga, donde subiría y bajaría multitud de gente. Él bajaría y se perdería entre el gentío, antes de que la composición iniciara el peligroso descenso del puerto del Manzanal. En la estación, Isidoro Peña y Teodoro le recogerían con un coche a su regreso de Torre del Bierzo, donde previamente habrían manipulado las transmisiones, que pasaban por el interior del túnel 20, y que accionaban las señales de avanzada y entrada.

Su sabotaje consistía en hacer cruzar, en el túnel de Torre del Bierzo, un carguero cualquiera con el Correo desbocado, después de bajar el Manzanal prácticamente sin frenos. Cuando la Americana del Correo arremetiera contra los vagones del carguero, todo quedaría hecho un amasijo de hierros retorcidos. Lo que acarrearía un enorme desgaste contra la sensación de fortaleza que intentaba dar el régimen. Ese era el objetivo de los generales de Madrid.

Pero ocurrió algo con lo que Sixto no contaba, en Astorga subieron al tren dos caras conocidas. Amelia y D. Aniano habían comprado un billete con

dirección a La Coruña, donde esperaban embarcarse con dos pasajes, para los que alcanzara con sus exiguos ahorros. Habían huido de Valladolid, porque después del 39 Aniano había terminado “padeciendo de los nervios”; temía a cada momento la delación de los vecinos, de los antiguos alumnos, o de cualquier envidioso que los quisiera mal. Aquel hombre tan mesurado casi flemático, se había vuelto una madeja de nervios, que miraba desconfiada a derecha y a izquierda, incapaz de relacionarse con nadie. Su neurastenia no le dejaba valerle ya por sí mismo y se había dejado arrastrar hasta allí por Amelia, que hacía dos años había puesto escuela en Somoza de los Infantes. Pero que ahora, después de las recientes depuraciones, ya no podía seguir enseñando.

Algo del hielo ruso que se había quedado en el interior de Sixto se quebró al verles. Primero pensó en bajar, pues ya no había marcha atrás. Pero no pudo. Se le ocurrió una idea alocada: aún quedaba una parada antes de Torre del Bierzo, en Albares, tendría el tiempo justo para contarles todo y convencerles de que bajaran. La composición inició el descenso del Puerto del Manzanal, y Sixto parecía tener suerte otra vez, el tren realizó una parada no prevista en la estación de la Granja, donde los maquinistas detectaron el caldeo en uno de los ejes de las locomotoras y pararon para apartar la Mastodonte, y seguir sólo con la Americana.

Sixto, más tranquilo por los minutos que había ganado, se acercó al coche de tercera, el número 8 de la composición, donde el maestro y su hija se habían acomodado. Aunque, al llegar a su altura, no se paró, siguió avanzando hacia los primeros vagones, los que sabía que sufrirían más daños.

Cuando pasó a la altura de Amelia el corazón se le salía del pecho, pero no miró en su dirección, continuó hacia los vagones de primera, hasta el coche-bar, el número 5 de la composición.

La Americana siguió siendo incapaz de hacer freno, y ya se encontraba en las duras pendientes del puerto. Sixto, acomodado en un taburete, sabía que en aquel momento algún carguero avanzaba también hacia el túnel de Torre del Bierzo. Pero, con una impasible tranquilidad, pudo imaginar, sin moverse, la angustia de sus amigos cuando escucharan las señales de alarma de los maquinistas. La angustia de Amelia y D. Aniano cuando vieran que, sin control, el tren a la deriva no podía reducir la marcha, y que las pendientes seguían apareciendo cada vez más y más rápidamente; la angustia de todos cuando comenzara el griterío dentro de los vagones. Sixto, encorvado en su asiento, se abandonó a la vertiginosa sensación de caída a la que se había resistido toda su vida, curiosamente entonces reparó en que llevaba puesto un mono de mecánico, igual a aquél con el que recordaba a su padre, de color pardo grisáceo y con cercos de grasa. En los últimos momentos del precipitado descenso sin frenos no tuvo náuseas, llegó a sentir apetito; pensó con agrado en las sopas de leche que antaño le preparara su madre.

Realmente cualquier intento de Sixto hubiera resultado infructuoso, pues fue imposible realizar la parada de Albares; los doce coches empujaban a la Americana como si se deslizase. El jefe de Circulación de la estación, asustado al ver pasar el Correo desbocado, avisó a Torre del Bierzo, y comunicó que “prepararan la estación, que bajaba el tren sin control”. Pero ya no dio tiempo a nada. Una máquina de

maniobra y varios vagones se encontraban dentro del túnel e hicieron de tope al Correo en su loca carrera. El impacto impulsó fuera la locomotora. Pero dentro del túnel quedaban todavía algunos de sus vagones y las 5 primeras unidades del Correo.

Lo peor para los pasajeros de estos coches estaba por llegar, porque las señales alámbricas del túnel habían sido manipuladas, y, pese al desastre, dieron paso a un carbonero, que continuó su marcha normal, abalanzándose contra la locomotora que estaba fuera del túnel, y haciéndola descarrilar. El impacto fue tan violento que incendió las unidades que se encontraban dentro.

De León y Monforte partieron trenes de socorro. Ese mismo día, a las 20 horas, uno de los cuatro coches de tercera del Correo, que milagrosamente resultó sin averías ni víctimas, el número 8, en el que viajaba Amelia, trasladó a más de 25 heridos, también a alguno de los 84 cadáveres identificados por el juez de

instrucción. Muchos no se pudieron identificar: el último que subieron, el número 35, era un cadáver de poca estatura, decapitado y sin piernas.



**Dirección:**

Rosario Ramos Fernández  
Damián Fajardo

**Edita:**

© Revista literaria Katharsis

**Correo:**

rose@revistakatharsis.org  
damian@revistakatharsis.org

**Sitio Web:**

<http://www.revistakatharsis.org/>

**Depósito Legal:** MA-1071/06

Nº 10, julio 2010